

LAS MUJERES Y EL DESAMOR

ENTREVISTA CON MARCELA SERRANO

Sara Beatriz Guardia

Después de tres entrevistas y casi al mediodía, la esperanza de poder acercarme a Marcela Serrano más allá del compromiso periodístico con cita previa puntual, corría el riesgo de convertirse en una sucesión de preguntas y respuestas más o menos acertadas. Incluso, en un primer momento, el gesto de un disimulado cansancio de la novelista chilena, casi me hizo desistir. Pero los amores imposibles, la renuncia de las mujeres cada vez más notoria a encontrar en la pareja un espacio de comprensión y paridad, el miedo y la soledad, abrieron su propio camino. Marcela Serrano habla de su obra y de ella misma con un verbo apasionado capaz de convertir el sueño del amor en un acto cotidiano exento de artificios.

- Hay una cita de Shakespeare que dice: «el miedo torna a los querubines en demonios, transforma la realidad». Aunque el miedo ha sido de alguna manera la raíz de la narrativa chilena después del golpe militar de 1973, en las dos novelas tuyas que he leído, *Nosotras que nos queremos tanto* y *El albergue para mujeres tristes*, siento que son otros demonios los que están presentes en las mujeres que buscan sus propias propuestas de identidad y la construcción de sus vidas. ¿Cómo los definirías tú?

- En el caso de *El albergue*, lo que planteo es que las mujeres -las que yo llamo nuevas mujeres, aquellas que han salido al mundo y han peleado por espacios propios- están produciendo un gran miedo a los hombres. El miedo del hombre hacia la mujer es ancestral porque nacieron de una mujer, fue una mujer la que les dio la primera seguridad, la que los nutrió en primera instancia, y sin embargo tuvieron que buscar su imagen en el padre, aunque la fuerza viniera de la madre. Pero como siempre se ha vivido en forma solapa ese miedo, nunca había sido un elemento que nos afectara tan directamente como ahora que las mujeres han empezado a exhibir el vestuario de ese miedo originando que los hombres nos amen cada vez menos. A las mujeres antiguas es fácil para los hombres quererlas, están en su lugar, en actitud pasiva y en el rol en que ellos se sienten cómodos. Y de pronto, a mitad de camino les cambiaron la película y su respuesta, y esto créeme lo he investigado bastante a fondo, es que se sienten amenazados por estas nuevas mujeres que son dueñas de sí mismas; lo que les genera una especie de parálisis, y al final la vuelta que da el miedo es que terminan por no querernos. No es que tengan mala voluntad, es que la amenaza es muy fuerte. Y como siempre

los hombres siguen eligiendo no lo que quieren sino lo que les conviene.

- Pero el miedo no sólo se produce porque las mujeres sean más dueñas de sí mismas o tengan mayor autonomía en sus decisiones. Existe miedo a la forma como se están planteando su sexualidad. Finalmente la búsqueda de identidad implica una toma de conciencia de cómo manejar y asumir tu cuerpo.

- Evidente, y éste es un elemento clave de El albergue. El hecho de que ahora las mujeres se hayan adueñado de su cuerpo, de sus propios deseos y que sepan lo que quieren, ha deserotizado mucho la relación hombre-mujer, y ha originado que los hombres las castiguen.

- ¿Amándolas menos?

- Y privándolas sexualmente. Nunca se ha hecho menos el amor que en esta época. El tema es el castigo inconsciente. Yo creo que ningún hombre piensa que no está haciendo el amor con su mujer para castigarla. Pero inconscientemente al final es eso. Tú eres dueña de ti misma, tú sabes lo que quieres, tú sabes qué puedes, entonces arréglatelas, y por eso hay cada vez más opciones de mujeres hacia mujeres y de hombres hacia hombres.

- Estamos hablando de la crisis de un modelo de pareja tradicional. Lo que me parece relevante es que mientras los valores de la pareja convencional están cuestionados, los valores de la nueva pareja ni siquiera están en formación para las mujeres que pertenecen a una generación de transición.

- Sí, a nosotras nos ha tocado la peor parte porque ya sabemos lo que les tocó a las mamás y que las hijas van a vivir mejor. Pero yo tengo un par de intuiciones sobre ese nuevo modelo. Creo que el matrimonio planteado como está no va a terminar nunca porque conviene incluso como unidad económica, pero el amor o la felicidad dentro del matrimonio, eso está cada día más en duda. Esta estructura mata, ahoga, y está pensada más para favorecer a los hombres que a las mujeres. Como al final el impulso vital de los hombres está dirigido hacia el exterior, les conviene que haya una mujer en la casa que se haga cargo de él y de los hijos. Entonces él llega de vuelta del mundo importante al mundo cotidiano que ya tiene una estructura con una mujer presente. La mujer ha estructurado todo, somos eficientes, somos prácticas. Yo creo que para los hombres el matrimonio es el gran cuento, somos nosotras las que lo estamos pasando mal.

- ¿Son las mujeres las que ya no creen en el matrimonio?

- Evidente, porque ya no nos pueden pasar más películas, ya no creemos en las películas que nos contaron cuando éramos chicas. Lo que todas queremos es paridad, relaciones horizontales, no queremos más jerarquías, no queremos ser hijas de nuestros maridos ni ser madres de los maridos. Yo no sé si en el Perú, pero en Chile se usa mucho el marido hijo, una

carga más sobre la espalda. Bueno, ya no queremos ser ni mamás ni hijas. Queremos ser personas. Pero esas personas no encuentran su pares porque el hombre que se te puso al frente no tiene un repertorio para enfrentarte como persona aparte de él. Por supuesto hay excepciones, estoy hablando de la generalidad. Cuando las primeras feministas salieron a las calles hace treinta años probablemente no pensaron que el resultado iba a ser éste: el nivel de soledad en el que están las mujeres, los niveles de pena por lo poco amadas que se sienten. Fue así que empezó a nacer esta novela hace tres años, cuando me dije éste es el cuento y me puse a escribirla. Pero la escribí pensando que por primera vez tenía que introducir personajes masculinos sustanciales porque éste es un cuento de a dos; porque si yo insistía en la pura mirada de la mujer no avanzábamos nada.

- Pero hay algo más de fondo. En *Nosotras que nos queremos tanto*, María es una mujer independiente y con propuestas propias, diríamos una nueva mujer. Sin embargo, cuando encuentra a un hombre que la ama y que ella ama, no acepta el amor que le ofrece Ignacio que podría haberla salvado de la depresión y el dolor.

- Que fue lo que me pasó a mí. Yo tuve un Ignacio y por fin llegué a la paz porque entendí que tenía que jugarme para quedarme con él. Pero María es incapaz de entenderlo.

- Al final deja una puerta abierta...

- Pero no sabemos si él llega.

- Yo creo que llega. Al leer la descripción que hace María de Ignacio, me acordé de Lucho Maira y entonces me di cuenta que tú eras María. ¿Cuánto hay de Marcela Serrano en María?

- Lo reconozco, hay mucho porque creo que inevitablemente la primera novela tiene siempre de autobiográfico. No sólo por lo inexperta que es uno al escribirla sino porque hay que exorcizar una cantidad de fantasmas para poder narrar después tranquilamente. Yo tuve que sacar a María para inventar a Blanca, Violeta, Josefa, Floreana. María tenía que eliminarse, si no iba a cometer el gran error de meter un pedazo mío en cada una de mis protagonistas. En el fondo era eso. Y, además, advertí que hay muchas Marías en el mundo y las he encontrado en todos los países. Yo sé lo que eso significa y me da ganas de decirles no sean tontas en algún momento hay que enfrentar el tema de la histeria que es el gran tema de la mujer; hay que cortar esta historia, sea vía terapia o como sea, si no nos va a llevar a ser una Marilyn Monroe, a suicidarnos con el teléfono colgando porque la llamada no llegó. Yo tenía que escribir sobre la histeria para poder después escribir sobre otras cosas, porque fue algo que me había marcado la vida entera.

- ¿Crees que para la mujer es más difícil aceptar el éxito? Pienso ahora en esas escritoras trágicas en sus vidas personales como en su obra, y que sin embargo han sido tan

reverenciadas. Pero tú eres una mujer exitosa en tu vida y en tu obra. Tienes un buen público y has logrado con inteligencia y sensibilidad penetrar en lo que está sucediendo con las mujeres latinoamericanas.

- No te creas que sólo latinoamericanas; las europeas también lo pasan mal. Al final sorprende lo parecidas que somos, a pesar de que deberíamos ser tan distintas. Conversé con un grupo de francesas en el Festival de Biarritz del año pasado, les conté el tema del albergue y me di cuenta de que a todas les pasaba lo mismo. La diferencia con las francesas es que como no tienen ayuda doméstica, el marido es más civilizado en ese sentido, pero en el fondo es el mismo cuento.

- Esta falta de reconocimiento como persona que ha sufrido siempre la mujer, tiene también una expresión en la literatura. En ese sentido, ¿hay miedo al éxito? ¿Temor de invadir un mundo exterior que no te ha pertenecido nunca?

- Yo creo que tal es el pánico que lo demoras lo más posible y porque, además, le temen mucho al tema de la identidad. También al estigma; una mujer que se atreve a tener éxito en el campo literario es terriblemente estigmatizada por sus pares hombres. Si te dijera la cantidad de calificativos que yo he recibido de los hombres, es impresionante: esto es subliteratura, esto es literatura programática o, lo que es peor, esta es literatura deliberada para tener éxito porque sabe que va a tener un público determinado. Incluso en Alemania un escritor chileno -yo estaba presente- me acusó de hacer **lobby** y de inventar que era feminista porque de esa manera me podía ir bien en la literatura. Por lo menos con las dos primeras novelas, tuve que aceptar una serie de denigraciones de parte de los escritores hombres. Hubo un momento en que dije: no tengo fuerzas para seguir porque no soporto más el estigma. Y ahí las lectoras juegan un papel importante porque el calor que recibo de vuelta me dice sí. Después entramos al otro tema que es la cosa práctica del éxito entre comillas, que es lo más masculino que hay. Yo tengo que dejar mi casa bastante seguido, viajo siempre sola, soy la única mujer en primera, vivo en los hoteles sola, el nivel de exposición es permanente. Además no me estoy exponiendo como la mujer que se expone porque es linda; es otro tipo de exposición; yo tengo que usar la cabeza, dejar la casa, separarme de mis niñas y eso a mí me mata. Por ejemplo, en estos momentos está apareciendo El albergue en varios países y desde España querían un plan de giras simultáneas por todos los países y yo dije no, yo voy a los países que ustedes quieran pero con el tiempo necesario entremedio para volver a la casa. Necesito estar con los míos porque yo lo paso mal, aparte de que lo pasan mal ellas; entonces, cuesta bastante. Y después está que los hombres te tienen terror. Si yo no tuviera esta pareja sería la mujer más sola del mundo desde el punto de vista afectivo, porque los hombres se me arrancarían a perderse. Por eso te digo que al final el éxito no siempre trae beneficios para las mujeres.

- Hay una declaración tuya cuando hablas sobre lo que significa para ti escribir, en la que dices: yo tengo que tener algo que me ancle a la tierra porque si no me perdería, me

iría. ¿Qué te suscita este temor?

- Cuando yo entro a esa especie de delirio hay muchas veces que no quiero volver... te voy a explicar mejor. En El albergue, Floreana, que tiene un poco este mismo proceso, o yo se lo puse basado en el mío, habla de un cuento de W. Somerset Maugham en el que un hombre se sube a un cuadro todos los días, se instala un rato en el cuadro hasta el día en que no se baja más. Cuando yo leí esa historia sentí terror porque pensé yo soy capaz de quedarme en el cuadro, pero no puedo quedarme en el cuadro. No puedo básicamente porque soy mujer, porque yo he parido dos hijas que son de mi responsabilidad, porque en la casa todo depende de mí, porque mi madre está vieja y porque tengo un marido que además es un hombre público, porque estoy de mujer de ministro, mujer de embajador, mujer de presidente de partido, y que al final me requiere y me requiere hartito.

- ¿Cuál es tu relación con este poder masculino que de alguna manera tienes al lado de tu esposo?

- No me suscita grandes cosas. La parte ritual la tomo con sentido de humor y logro pasarla bien. En lo otro me dan ganas de pronto que deje la carrera política, de irnos a vivir a un pueblo y relajarnos. El poder siempre tiene mucho costo y más en el caso de mi marido que es un hombre muy honesto y ha sido honesto desde la izquierda, y que ha sido estigmatizado también. Tengo ganas de que no lo toquen más, que no le vayan a ser daño, como que digo está bien para un tiempo, pero esto no puede ser toda la vida.

- ¿Militaste en la izquierda?

- Sí, largamente.

- En la izquierda lo que más importó siempre fue la adhesión al proyecto colectivo y aquello que significaba identidad estuvo relegado a un segundo plano en este discurso. Ahora ocurre todo lo contrario y peor, es el individualismo y el proyecto personal lo que cuenta. ¿Qué ocurrió con la izquierda chilena que regresó del exilio?

- Muchos de ellos volvieron a los proyectos colectivos y otros, a quienes la marginalidad los hirió tanto, no quisieron saber de nada colectivo. Como digo yo, tantos izquierdistas que se enamoraron del proyecto de la derecha, eso en Chile es tal cual. Pero creo que al final de cuentas esa enseñanza que decías: «importa el proceso, no importo yo», formó a una cantidad de personas que eran unos inválidos en sus vidas personales siendo unos héroes en sus vidas públicas. Y es que la urgencia de los procesos no puede anular el crecimiento personal ni el tener actos de independencia que antes eran vistos como un pecado, lo que nos afectó mucho. Por ello rescato el armarse interiormente porque es con lo único que nos quedamos; finalmente nacemos solos y morimos solos y todo lo que pasa entre medio es casi anecdótico. La soledad es el punto verdadero, y si tú no te tienes a ti misma, de qué estamos hablando.

- Es cierto, pero no necesariamente las mujeres solas que han luchado por tener una relación de pareja en términos de comprensión y equidad se tienen a sí mismas.

- No siempre, pero cada vez más sí. Las mujeres tienen una capacidad maravillosa de enfrentarse a sus problemas, cosa que los hombres no; los hombres son capaces de vivir la vida entera sin elaborar nada. Como dice una amiga mía, los hombres no tienen aparato psíquico; mientras las mujeres tienen la fuerza de rearmarse cada vez que se van al suelo, de pararse de nuevo, de empezar todo de cero. Mira las casas, las casas son tan simbólicas. ¿Te has fijado que generalmente las mujeres arman lugares cálidos alrededor de ellas? Son capaces de meterse adentro, de hacer la autocrítica, de procesar sus duelos. Yo creo que las mujeres solas se tienen y cuentan consigo mismas. Yo confío mucho en esas mujeres.

- En El albergue una de las mujeres señala la castidad como opción. ¿No es éste un castigo auto impuesto? ¿Una herida también?

- Es que las mujeres que ya se tienen a sí mismas y que están muy cansadas de las heridas saben que el cuerpo es lo más vulnerable que hay desde todo punto de vista. La sexualidad nos hace muy vulnerables y si tú acumulas heridas en el campo de la sexualidad, me parece digno decir un día: basta. Es cierto que al final Floreana no puede porque el cuerpo le reclama y ella no quiere que le reclame, y se confunde. Pero imaginemos que hubiera podido armarse mejor -porque mis protagonistas nunca son mujeres ideales, son mujeres que viven las contradicciones que vivimos todas nosotras-, el hecho de plantearse como opción la castidad creo que es lícito para que no nos castiguen más, si los hombres nos están castigando mucho.

- Podríamos concluir que los hombres también están solos, y que la diferencia radica en que ellos sí pueden tener relaciones sexuales sin involucrarse emocionalmente, mientras la sexualidad en las mujeres no está separada de su emoción ni de sus sentimientos.

- Justamente en El albergue hay mujeres que dicen: por favor a mí no me pasa nada, al día siguiente estoy feliz de la vida. No es así, mi teoría es que no es así. Yo no soy capaz por lo menos. He conocido algunas mujeres que se sienten capaces y las admiro porque siento que han dado un paso para ser menos vulnerables. Ahora mi concepto de sexualidad es otro, yo creo en la sexualidad integral, no que sea solamente dentro de la pareja estable, de pronto un encuentro de dos días puede ser de una plenitud absoluta. No es en ese sentido. Cuando te hablo de la sexualidad integral te hablo de emociones. Para los hombres la sexualidad es un pasar, nosotras nos quedamos pegadas, somos terriblemente vulnerables. Yo creo que a todas las mujeres les ha pasado casi lo mismo, que tienen un encuentro sexual y ese encuentro les empieza a suscitar un acercamiento muy grande hacia el amor porque la intimidad no es gratuita para nosotras. Los hombres no, los hombres siguen de largo. De ahí la falta de compromiso que creo es la esencia de la relación actual hombre-mujer, que es otro castigo y que va acumulando heridas en la mujer muy grandes.

- **¿Tú eres muy vulnerable?**

- ...Yo creo que sí... Aunque hoy yo me tengo a mí... me costó muchísimo.

- **¿ A qué renunciaste para armarte a ti misma?**

- En términos lineales renuncié a tener muchos hombres que es a lo que yo estaba acostumbrada antes, pero en términos no lineales fue una opción muy profunda porque ya había encontrado un espacio donde tampoco necesitaba a esos hombres. Entonces, no sé si llamarle renuncia, porque yo no soy fiel por norma -de hecho todas las normas me enferman- sino que entiendo la fidelidad porque vivo una relación plena.

- **Creo que las mujeres siempre seremos vulnerables. Por ejemplo frente a nuestros hijos. Ahí sí no hay armadura posible.**

- No hay. Ese será siempre el punto más vulnerable, no me cabe la menor duda. Hay una parte en El albergue en que Floreana le explica a su sobrina que es pintora porque en la creación los hombres pueden cerrar la puerta y las mujeres no. Floreana dice: no solamente no tenemos al hombre que nos cierre la puerta -porque al hombre creador es la mujer la que lo cuida para que él cree-, sino que además tenemos otro problema y es que al primer grito salimos disparadas; por lo tanto nosotras mismas somos las que vamos a dejar la puerta abierta siempre. Y eso, no sé qué tendría que pasar en el mundo para que cambiara; no me imagino qué situación podría darse para que el grito de mi niña fuera menos importante que lo que estoy haciendo. Al final somos esencialmente madres, porque somos físicamente madres: somos nosotras las que parimos y eso es una fuerza que también, así como existe según Freud la envidia del pene que no me cabe duda que también es cierto, tiene que generar en los hombres la envidia porque seamos nosotras quienes damos la vida.

La trayectoria del éxito (recuadro)

Marcela Serrano estuvo recientemente en Lima para la presentación de su última novela, **El albergue de las mujeres tristes** (Alfaguara 1997). Traducidas a varios idiomas y publicadas en países de América Latina y Europa, las obras de la novelista chilena hablan de un tiempo interno propio de las mujeres y de una percepción distinta de la realidad. En **El albergue de las mujeres tristes**, Marcela Serrano le pone nombre a la infelicidad de las mujeres, a la falta de amor y al miedo de los hombres frente a la autonomía femenina de este fin de siglo. En sus cuatro novelas, son las mujeres las que muestran su intimidad en una intensa y dramática búsqueda de mejores relaciones con los hombres. Quizá ésa sea la explicación del éxito de **Nosotras que nos queremos tanto** (1991), **Para que no me olvides**(1993), **Antigua vida mía** (1995), y **El albergue de las mujeres tristes** (1997).